

— Negocio de poco rato... alisten todo.

A las diez tomó Reguera la primera cucharada, y á las diez y media cayó en un sopor del que no volvió á salir. Le dimos fricciones, agua caliente, lo que podíamos en nuestra situación; pero sin conseguir que se reani-



mara. Alguien que entre nosotros sabía las oraciones de los agonizantes le rezó, mientras los demás hacíamos coro con sendos nudos en la garganta. Expiró á la una en punto sin abrir los ojos, sin darse cuenta de su situación, en medio de un copiosísimo sudor que le bañó dejando empapados los míseros harapos en que había descansado. No tuve alientos para ver cómo cosían en un saco á aquel pobre compañero en quien antes no había reparado; no quise oír las cuatro vaciedades que dijo el padrecito de sotana pegada á las carnes y alzacuello con labores y encajes; no vi tampoco el momento en que echaron al agua el cuerpo de un muchacho humilde y obscuro, que había cumplido con su deber y muerto como bueno... Allá, á lo hondo del Océano, iban las ilusiones, los anhelos, el patriotismo y todo lo que había llenado aquella alma sincera y noble. ¡Que el agua le sea leve!

El diez y seis supimos que estábamos frente á las costas de Cuba; pero sin que llegáramos á contemplar sino una faja sucia, grisácea, triste y fétida en que se mecían fragmentos de embarcación. El día veintitrés arribamos á las Bermudas, donde estuvimos seis días contra nuestra voluntad. Es el caso que, al disponernos á la salida, el capitán mandó izar las velas, pues soplaba un vientecillo que le pareció auguraba que caminaríamos un buen trecho en tiempo breve.

Nunca lo hubiera hecho; al acabar de soltarse los trapos sobrevino un terrible vendaval que amenazaba concluir en un momento con el armatoste que nos servía de prisión. Mandó el capitán arriar las velas; mas bueno era el viento para soltarlas: las hinchó de tal manera, tanto las zarandó que no parecía sino querer burlarse de los esfuerzos de los marinos, que oíamos correr sin cesar, lanzando gritos ininteligibles, pero que han de haber significado: «hay que trabajar y que trabajar duro, porque de otra manera nos vamos á hacerle compañía al señor de Neptuno».

Por fin, á las diez ó doce horas de brega de los marineros y de bailoteo por nuestra parte, una de las velas se rompió de arriba abajo, con lo cual el peligro se alejó y pudimos estar un poco más tranquilos.

El primero de Julio, reparadas las averías del barco, seguimos nuestra ruta; el seis tuvimos la pena de saber



la muerte del capitán Anastasio Larios, de un cuerpo de Jalisco: el veinticinco perdimos al teniente coronel Domingo Bernal, que fué echado al agua frente al puerto de Brest donde (Dios sobre todo) desembarcaremos mañana. Tanto Larios como Bernal murieron en calabozo distinto del nuestro; por eso no vi su muerte ni me enteré de nada relativo á su agonía; sólo sé que á los dos se les llevó la horrible disentería causada por la pésima alimentación, la cual consistía, por la mañana en una medida de café mezclado con una hierba amarga que llaman achicoria y una copita de ron para los que lo cataban. A las diez nos daban chícharos secos, y por la tarde unos frijoles blanquizcos, tan lánguidos y sin substancia que se sentían deseos de ofrecerles una dedadita de manteca á fin de que se reconfortaran un poco. Los otros días teníamos una variación: los frijoles se servían en la mañana y los chícharos por la tarde. En el mes y medio que duró la navegación tuvimos carne dos días, uno nos dieron arroz y todos los viernes una rajita de queso tan delgada y fina que parecía aire condensado. Un día pusieron á nuestra disposición unas grandes latas de carne conservada: pero al abrirlas... ni Lázaro en la sepultura: aquello tiraba para atrás al que poseyera menos olfato.

Desde nuestra salida de las Bermudas tuvimos una importante innovación: el general Mendoza fué á nuestro barco, y previo permiso de los jefes nos lanzó una fraterna

reprendiéndonos por nuestra inconformidad con los decretos del destino. Acabó determinando que, con cargo á su peculio particular, nos sirvieran todos los días un plato de papas. ¡Papas, papas, como si Su Señoría el cuartelmaestre no nos hubiera echado bastantes! Pero las papas... no fueron más que papas: el comandante de la *Cérés* tenía orden de no darnos más que la mitad de una ración ordinaria de marino por barba; y aunque nuestros jefes hicieron una colecta para costearnos algo más y algo mejor que lo que venían dando, el oficial no tuvo más remedio que mostrar su libro de órdenes, en que constaba que teníamos que sujetarnos al cincuenta por ciento de lo que comen estos gandules.

Los domingos nos subían sobre cubierta y un marinero daba vueltas á un organillo de Berbería, que nosotros escuchábamos con toda la tristeza que debía infundirnos nuestra situación. Los malditos franchutes se asombraban de no vernos cantando y bailando (hombres con hombres; puáh) como si no tuviéramos en el cuerpo más que satisfacción, y ellos en nuestra representación solían echar un zapateado y lanzar por la proterva boca alguna de esas canciones marineras que parecen aullidos de bestia cogida en la trampa. El organillo nos producía un beneficio, pues mediante él lográbamos saber cuánto llevábamos navegando: nuestro viaje duró ocho *cilindros* y ocho quesos, ó lo que es lo mismo, dos meses.



El día 25 nos trasladaron al *Darien*, que nos llevó á Lorient el 26. Ese día desembarcaron los generales con sus Estados Mayores y se les condujo á Evreux. El 27 desembarcamos 99 jefes y tomamos el ferrocarril para Tours, adonde íbamos desterrados. En los demás días desembarcaron: el 28, 97 oficiales con destino á Blois; el 29, 96 que iban á Bourges; el 30, 100 oficiales para Mont-sur-Allier y el 31, 100 para Clermont Ferrand.

Ya te diré cómo sigamos y lo que me ofrezca de nuevo la suerte. Entretanto les envío á ti y á Miguelín lo único que puedo mandarles: un abrazo y todo mi cariño.

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Tours, Octubre 1.º de 1863.

Mi adorada Eugenia: no sé por qué se ha dicho (creo que el Dante fué quien lo dijo) que no hay tormento mayor que subir los peldaños de la escalera ajena; se conoce que el buen señor no navegó en los calabozos del buque ajeno, pues si tal hubiera hecho, no sólo subir los peldaños, sino hasta treparles de rodillas le habría parecido la cosa más llana y sin importancia que pudiera pasarle.

Apenas desembarcamos y hallé simpáticos al vaporzote que nos había traído, á la *chusma diligente* que nos conducía, al puerto, á las gentes, á la tierra, al cielo, á todo. En la prefectura nos hicieron firmar un papelón en que

protestábamos nos presentaríamos en Tours, y después de la firma nos entregaron trescientos y pico de francos que nos servirían para llegar al punto de nuestro destino. A las diez de la mañana tomamos el ferrocarril, y á las ocho de la noche estábamos en Tours.

Ya tú conoces estos campitos franceses, tan limpios, tan verdes, tan recortados, tan sin una mota, ni una hierba mal puesta, ni una planta fuera de su sitio; parecen los campos de nacimiento que con verde ultramar, piedrecitas de hormiguero y lama levantan los chicos de nuestra tierra. Los árboles están tan bien podados, las cunetas tan limpias, todo lo que se ve tan llano, tan raso, tan sin colinas, que se comprende cómo la civilización se ha infiltrado hasta en la naturaleza volviéndola tan correcta, fina y bien criada como es cerril, corriente y salvaje la de nuestro país. Venían en mi compartimiento el teniente coronel Pérez Milicua, el comandante Inclán y el general Cosío; todos se morían de risa al verme encantado con el espectáculo de aquellas torrecillas que parecían estar edificadas sobre el cortés y elegante follaje de los chopos, aquellas casitas de tejado rojo junto á cada una de las cuales pastaban sin falta ninguna dos vacas que comprendían el papel que desempeñaban en el paisaje, y allá, lejos, lejos, la silueta de un gran pueblo iluminado por la luz de un sol que no le pide favor al sol americano.



Yo hubiera querido recorrer el terreno con el hatillo al hombro, recostándome en las cunetas, tomando sombra bajo los árboles, bebiendo un vaso de vino en los figoncillos de títulos retumbantes que miraba á distancia é interrogar á los campesinos que con la pipa en los labios y la azada al hombro oían pasar el tren del ferrocarril sin detenerse siquiera á mirarlo.

Al llegar á Tours nos condujeron á la prefectura, nos notificaron que estábamos presos bajo nuestra palabra, que podíamos salir hasta dos kilómetros fuera del poblado y que teníamos que ocurrir cada sábado á firmar en un registro que se hallaba en la prefectura.

Dicho y hecho: apenas habíamos llegado, cuando se nos presentó el coronel Henry, jefe del Estado Mayor del ministro de la Guerra. Nos puso de hábiles, honrados, leales y constantes que no había por donde cogernos y en seguida se lanzó á proponernos terminantemente que suscribiéramos un acta de adhesión al régimen que se estableciera en México. Como la mayor parte de los presentes no había comprendido el discursito de Henry, yo tomé la palabra y lo volví al español lo mejor que supe.

— ¡Oh, joven, dijo el coronel con zalamería, me parece que usted y yo podemos entendernos! Se me figura un buen patriota, una persona razonable, y con cualquiera de esas cosas basta para que comprenda y haga comprender á estos caballeros cuánta razón tengo en lo que digo. ¿Qué resuelve usted?

— Que si hubiera querido, respondí, traicionar á mi país y faltar á mi palabra, tiempo para una y otra cosa me habría sobrado en México sin tener que pasar tantos días de galleta con insectos y de *petits pois* sin manteca.

— Pero...

— No hay pero que valga, señor coronel; yo no acepto, y me figuro que no aceptará las proposiciones de usted ninguno de mis compañeros.

— No lo crea usted, exclamó sonriendo mefistofélicamente; ese camino está andado ya y no se tardará en saber que hay entre ustedes gentes razonables.

— Judas les llamamos nosotros.

Tras el altercado los prisioneros nos metimos en un *cabaret* á tomar un bock de cerveza á salud de la patria ausente y á prometer que ni las sugerencias, ni las amenazas, ni los halagos ni nada nos haría desistir de nuestra franca y resuelta actitud.

Tomó la palabra Inclán y habló con una elocuencia, con una sinceridad, con un entusiasmo que no pudimos menos de aplaudirle dándole gracias por el aliento que nos proporcionaba. Uno de los más entusiastas era el teniente coronel Mestre, que repetía con glosas y comentarios las frases de Inclán, celebrando su oportunidad. Distráido se encontraba por allí un vejete hasta de sesenta años, alto, moreno, huesudo, con bigote encerado y barbilla escasa. Oyó lo que nosotros hablábamos, quizás conocía un

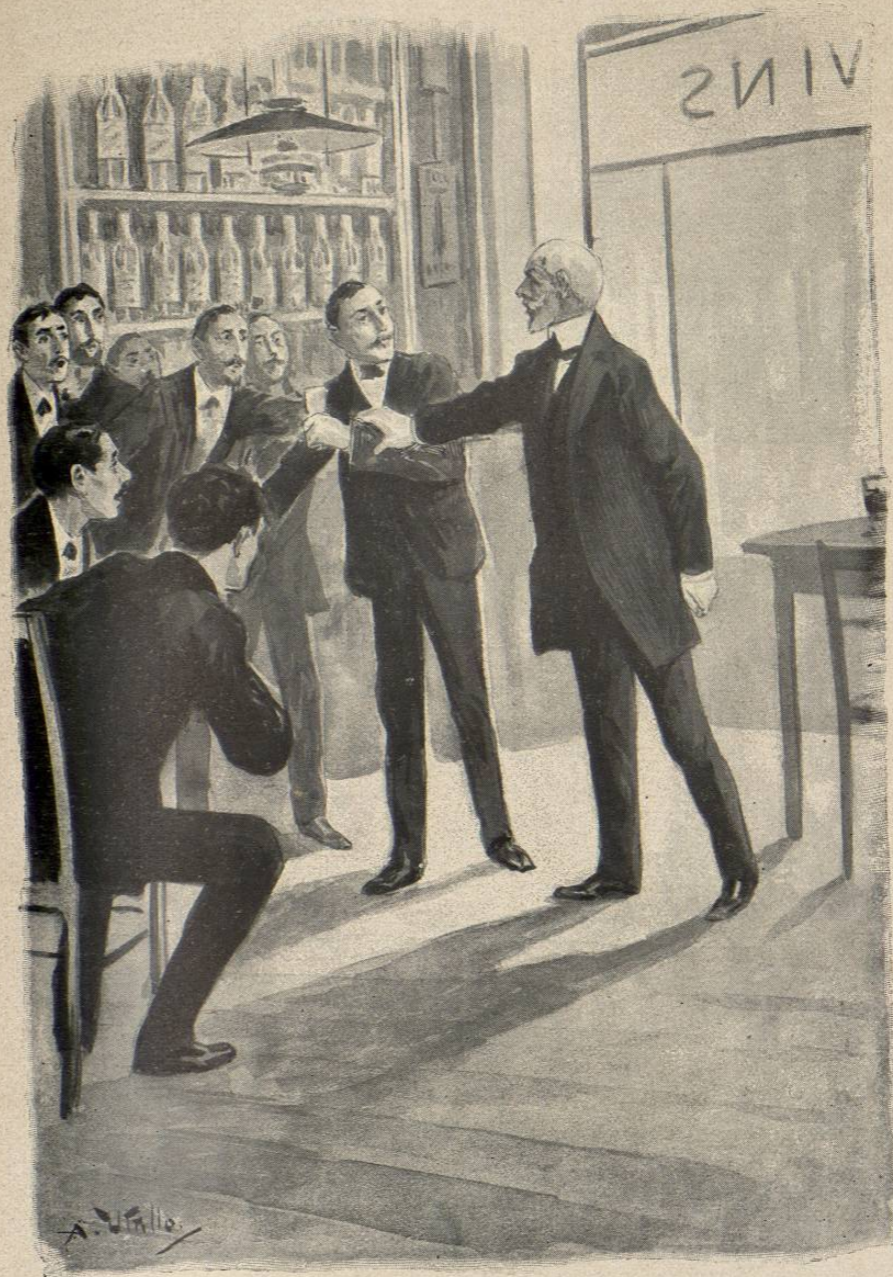


poco de español y pudo enterarse del espíritu de la conversación; ello es que sin que lo notáramos, dejó su periódico de *L'Autorité* que leía con atención, se acercó al grupo, y en el momento en que el teniente coronel Mestre levantaba el vaso y abría la boca para pronunciar un discurso, el vejete levantó airado la mano derecha, dió un golpe con ella al vaso de Mestre y le gritó tres ó cuatro veces: ¡traidor, traidor, traidor! Decirte que quisimos precipitarnos sobre aquel intruso y hacerle tiras, casi es nada; lo habría pasado muy mal si Pérez Milicua no se hubiera interpuesto.

— Dejémosle hablar, gritó mientras trataba de calmarnos. Esto significa algo.

— Señores, exclamó el burgués limpiándose la cara con un gran pañuelo de hierbas y colocando de golpe sobre el mostrador la copa de *absinthe*, yo no puedo ver con calma que traidores infames beban en compañía de gentes que están resueltas á seguir fieles á su patria... Ese acaba de firmar su adhesión al gobierno que establezca Francia en México: yo le he visto salir de la subprefectura, yo he visto el momento en que le entregaban... no sé cuánto, los treinta dineros de su traición... Perdónenme, no he querido ofenderles; ha sido un pronto, un pronto que no pude evitar...

Mestre, que había querido arrojarse sobre el excéntrico, se detuvo al oír lo que decía, y cuando Inclán dió



— Señores, exclamó el burgués limpiándose la cara...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO



las gracias al viejo obligándole á tomar un bock en nuestra compañía, el traidor salió de escapada y sin decirnos adiós.

Pero, desgraciadamente, no fué el único que firmó su adhesión al Imperio; también lo hicieron otros muchos bellacos que, temerosos del hambre y de la miseria, vinieron á hacer lo que podían haber hecho en México si lo hubieran deseado.

Este ha sido el término de tantas promesas y de tantísimas fanfarronadas; aceptar cuanto ofrecen los que por ahora son dueños de nuestra suerte. Pero, Dios mediante, no lo hará tu

*Miguel.*

DEL MISMO Á LA MISMA

Tours y Abril 20 de 1864.

Adorada Eugenia mía de mi alma: antes de referirte nada, te contaré cómo estuvo aquí el general Mendoza con deseo de verme y comisionado ¿por quién dirás? por tu madre, la insigne Josefina Ubiarco, que vino de embajadora, intermediaria, ministra, ó no sé qué, de los traidores de México ante S. M. Napoleón el Chico.

El maldito viejo (que entre paréntesis, viene hecho un currutaco) trató de demostrarme que debía firmar cuanto me presentaran, pues según parece ya tenemos ó estamos



próximos á tener en México un emperadorcillo más ó menos auténtico.

— Es el príncipe Maximiliano de Austria, un gran genio, un hombre superior, un filósofo... Será Marco Aurelio en el trono... será Trajano poniendo en paz á aquel remoto país nuestro... Loado sea Dios... y usted, amigo, en la verde; Josefina tendrá un gran cargo en la corte; será dama, consejera, ministra, ¡qué sé yo! los Emperadores la quieren, la miman y, lo que es mejor, la oyen: tiene una gran cabeza y una gran ambición; hemos de verla llegar muy lejos...

Naturalmente, despaché á Josefina, á Mendoza y á todas sus proposiciones adonde no volviera á escucharles; pero él ha venido otras muchas veces con la canción. Ultimamente trajo la tema de que había de aceptar dinero, que me facilitaba sin más propósito que el de hacerme merced y buena obra.

— Ya me lo devolverá á mejora de fortuna, pollo rezongón; ya me lo devolverá cuando haya triunfado ó se haya resuelto á aceptar los favores de su suegra.

Y como yo me rehusara otra vez, me dijo con cierto garabato:

— Bueno, hombre, bueno; haga lo que le dé la gana... Por mí y el cura... Eso sale poniendo de más. No imite á los perros de rancho, que cuando les arrojan la carne, primero la revuelcan y luego se la comen. Si ha de ir á

México y ha de entrar por el aro y ha de ser dueño de esas millonadas que disputa su suegra, no significan nada esos caprichitos de niño mal educado... Yo cumplo dejando á su disposición el dinero en la sucursal del *Crédit Lyonnais*; diga media palabra y esos francos serán con usted.

Dí la media vuelta y no contesté palabra á Mendoza, que se retiró barbullando quién sabe qué necedades incomprensibles.

El día diez y ocho del pasado se embarcaron en Cherburgo todos los oficiales sometidos al Imperio, que son seis generales, veintisiete jefes y ciento veintiocho oficiales. Su alma en su palma, con su pan se lo coman y allá se lo haya.

El quince de éste tuvimos otra vez al coronel Henry, que vino armado de nuevos argumentos: *papam habemus*, es decir, tenemos ya Emperador, y es una locura oponerse al voto nacional, que está bien claro en favor del Imperio.

Henry nos reunió en el cuartel de la gendarmería, y nos habló así:

— Ya sabréis, amigos míos, que México ha tenido á bien darse un nuevo gobierno, en vez del régimen espantoso que tanto le deshonraba á los ojos de las naciones cultas. Ha llamado á su trono á un príncipe justo, sabio, tolerante, honrado y leal: es un grande hombre. Vosotros